

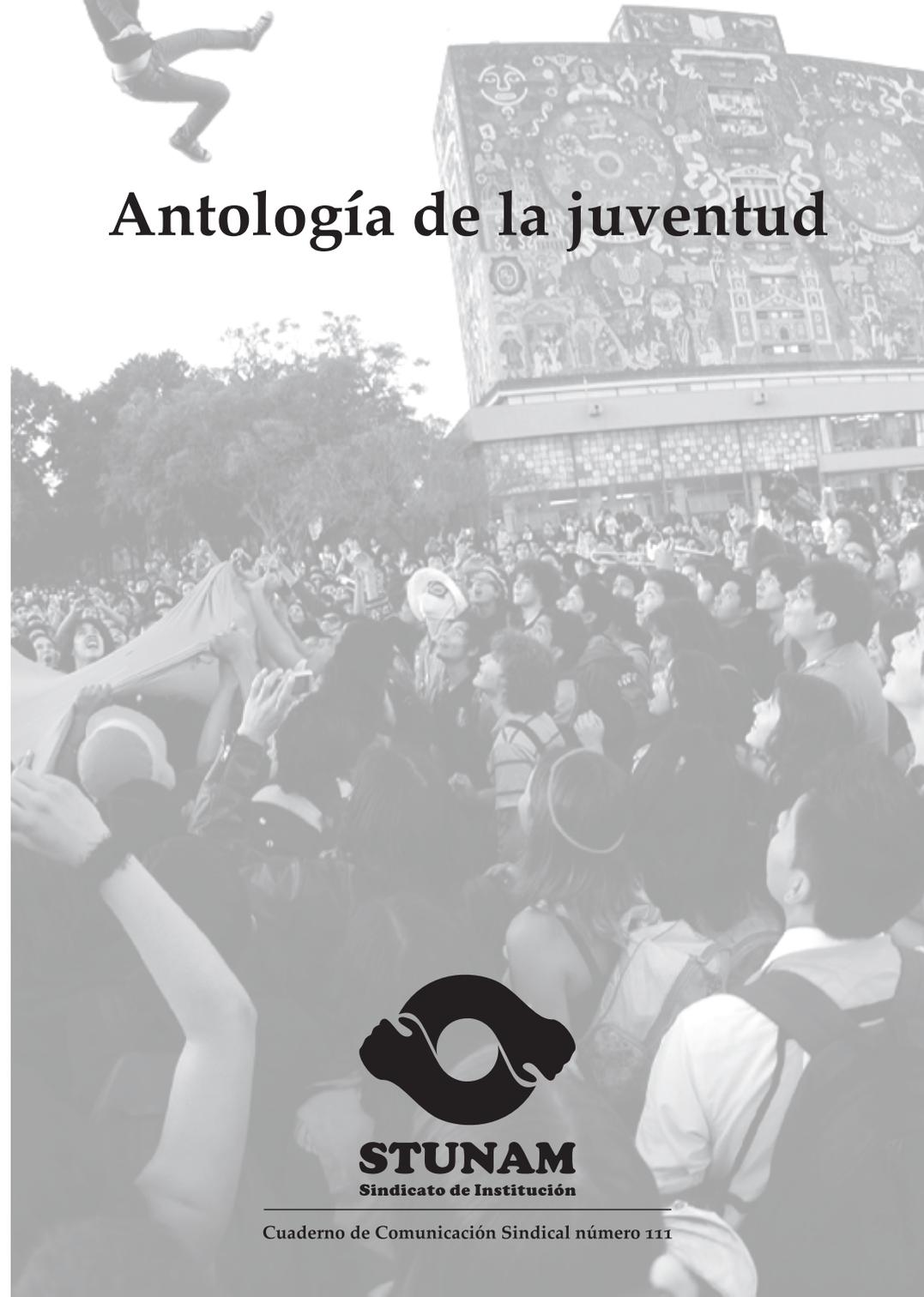


Antología de la juventud





Antología de la juventud



STUNAM
Sindicato de Institución

STUNAM

Carlos Hugo Morales Morales

Secretario General

Alberto Pulido Aranda

Secretario de Prensa y Propaganda

Arnoldo Rodríguez Hernández

Secretario de Finanzas

D.R. © Sindicato de Trabajadores de la
Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM)
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Delegación Iztapalapa, C.P. 09810 Ciudad de México

Antología de la juventud

Primera edición, septiembre de 2024.

Cuaderno de Comunicación Sindical número 114
STUNAM

Octavio Solís

Coordinador editorial del STUNAM y compilador de este fascículo

Alberto Pulido Aranda y Octavio Solís

Comité editorial de los Cuadernos de Comunicación Sindical

Adán Raymundo Orta Trujillo

Editor gráfico

Alegría estudiantil, Ciudad Universitaria.

Fotografía de portada: Juan Antonio López Olguín

ÍNDICE

5	Presentación
7	Introducción
11	La esperanza humana que se va realizando en las nuevas generaciones <i>José Mujica</i>
17	Hay jóvenes viejos y viejos jóvenes <i>Salvador Allende</i>
31	¿Qué les queda a los jóvenes? <i>Mario Benedetti</i>



STUNAM
Sindicato de Institución

Hemos decidido publicar una antología de discursos sobre la juventud, en esta colección de Cuadernos de Comunicación Sindical, con el objetivo de enriquecer el debate sobre las nuevas generaciones de nuestro sindicato.

Tenemos la responsabilidad de fortalecer la formación político sindical, además de salvaguardar nuestros derechos laborales, para concientizar a los más jóvenes, con el ánimo de incentivar su compromiso en la labor sindical.

Este gran proyecto colectivo (STUNAM) que hoy tiene casi 50 años de existencia, requiere de una alta participación de todas y todos sus afiliados, por ser un referente nacional e internacional; la responsabilidad es muy grande, pero estamos convencidos que el camino de la formación política es necesario para consolidar las metas que nos hemos propuesto.

Aparecen en este Cuaderno, discursos -completos o en fragmentos- de algunos referentes políticos de América Latina como Salvador Allende y José Mujica, así como un breve poema de Mario Benedetti. Nuestro compromiso con las nuevas generaciones es una apuesta por el presente y futuro de la Universidad Nacional, así como del sindicalismo universitario.

Carlos Hugo Morales Morales
Secretario General del STUNAM
Ciudad Universitaria

Las ideas son eternas. Algunas envejecen, otras se colapsan, pero quedan tatuadas en la memoria colectiva. Acercarnos a ellas es reconocer el contexto en que surgieron, pero aquellas que rejuvenecen con el tiempo, en lugar de marchitarse, han superado su propia época. Este es el caso de las ideas contenidas en esta modesta obra, que recopila algunos discursos memorables sobre la juventud, así, en su acepción más simple, pero también universal.

Pensar en la juventud no es un asunto de dulce nostalgia individual; tiene que ver con salvaguardar la esperanza colectiva en el terreno que se pisa. Es la savia con la que la historia, pero sobre todo la vida, encuentran la posibilidad de reinventarse.

Pocas certezas definen tanto nuestra vida como el irremediable paso del tiempo; siempre hacia adelante, irrevocable. A pesar de ello, la historia, o mejor dicho, los procesos históricos, tienen otras dinámicas y ritmos. No siempre es circular, ni va siempre hacia adelante.

¿Qué es aquello que hace girar los engranes de la historia? La respuesta estará dada según la tradición filosófica de la que se parta. Desde el marxismo, será la lucha de clases el motor de la historia que, como método de análisis, sigue vigente, aunque no propiamente el discurso, por lo que nos toca renovar.

Para algunos como el filósofo español José Ortega y Gasset, el vaivén generacional es el mecanismo con el que la historia produce sus cambios, no siempre en conflicto, ni de ruptura; etapa definida como acumulativa. Una generación no es uniforme, en su seno existen marcadas y hasta irresolubles diferencias, pero las define una época, determinada por una responsabilidad o tarea histórica.

Por eso, la pregunta que debemos hacernos es: ¿Cuáles son las tareas pendientes y las responsabilidades históricas que definen a quienes consideramos las nuevas generaciones de la organización sindical?

Responder esta interrogante atraviesa por situarnos en el arranque del siglo XXI desde la experiencia propiamente sindical. En el cambio de milenio hemos presenciado el derrumbe de un tipo de sociedad que sentó sus bases en México desde inicios de la centuria pasada. El sindicato de Trabajadores de la UNAM (STUNAM) se fundó en los últimos años del régimen nacionalista revolucionario, poco antes del cambio de rumbo, cuando las élites políticas impusieron el modelo neoliberal, a partir de 1982.

Su aparición, mejor dicho, irrupción, significó renovación del sindicalismo nacional, por sus prácticas y normatividad vanguardistas frente al corporativismo sindical de las viejas centrales obreras como la Confederación de Trabajadores de México (CTM), también contribuyó al proceso de apertura política y democrática del régimen autoritario priista, y a la disputa del espacio público como las calles céntricas de la capital, vetadas para la izquierda desde las represiones estudiantiles (1968-1971). Además del reconocimiento de derechos y la dignidad laboral de los trabajadores universitarios.

Hoy, a casi medio siglo de su fundación, uno de sus mayores logros es haber sobrevivido al desastre nacional, producto del modelo neoliberal. La marea del Estado benefactor ha descendido desde entonces, y con ello sobrevino la pérdida de derechos sociales, la desaparición de organizaciones sindicales. Por lo que representamos un baluarte, una especie en extinción con ideología casi extinta: el colectivismo.

Desde esta premisa, el sindicato ha remado a contracorriente, en medio de una inercia triunfalista de la ideología neoliberal-individualista. En gran medida el futuro de la organización se define entre una defensa ideológica interna y una disputa política externa.

La principal tarea histórica de las nuevas generaciones es preservar el legado histórico. Hacerlo significa sustancialmente preservar su espíritu de colectividad. Fortalecer nuestros principios ideológicos es afianzar nuestra supervivencia. En segundo orden, la responsabilidad histórica es la reivindicación y el fortalecimiento del sindicalismo nacio-

nal, para impulsar una alternativa política nacional que revierta el modelo económico que por *natura* es enemigo del colectivismo.

El camino es largo y las tareas enormes, de ese tamaño deberá ser nuestra voluntad para mejorar y transformar nuestro país. Sirvan pues estas reflexiones como un modesto, pero sólido peldaño de lo que aún nos resta por construir juntos.



José Mujica. Foto: Pablo Valadares, 2023

LA ESPERANZA HUMANA QUE SE VA REALIZANDO EN LAS NUEVAS GENERACIONES

José Mujica

*Discurso pronunciado por el ex-Presidente de Uruguay (2010-2015),
José Mujica, en la cumbre de UNASUR, Ecuador, el 4 de diciembre de 2014:*

Queridos compatriotas, señores presidentes, colegas de estos años de avatares, señores cancilleres, yo les tengo que agradecer infinitamente. Soy un paisano medio atravesado y el único mérito que tengo es ser un poco vasco, terco, duro, seguidor, constante y por eso aguanté, pero no soy ningún fenómeno.

En realidad, los años de “cana” que me comí fue porque me agarraron, me faltó velocidad. No tengo vocación de héroe. Tengo sí, una especie de fuego adentro, me retoba la injusticia social, las diferencias de clase.

Creo que el hombre es un animal gregario, que vivió el 90% de su historia arriba del planeta, en familias, en grupos familiares. Es un mono raro que no puede vivir solo, necesita de los demás y ese es su disco duro social, por eso tiene razón Aristóteles: el hombre es un animal político, y lo es porque no es un felino, necesita de la sociedad, se dé cuenta o no se dé cuenta. Pero la historia, el devenir, ese 10% de la historia del hombre arriba de la Tierra, no el 90%, es responsable de nuestra civilización que nos dio cosas hermosas. Al fin y al cabo, en este siglo vivimos 40 años más de lo que vivíamos en promedio hace 100 años, al fin y al cabo, yo sé que hay hambre, pero hay el doble de población y el doble de cantidad de alimentos. Lástima que tiramos casi el 30% de la comida que producimos, ni siquiera se la damos a los perros, menos se la damos a la gente pobre.

Esas son las contradicciones de nuestra civilización, desnuda, clara, agresiva, que nos dan razón, nos cargan las baterías para seguir

luchando. Nunca el hombre tuvo tanto como hoy, nunca. Nunca tanto conocimiento. No me canso de repetir y recordar los millones de dólares por minuto que se gastan en el mundo en presupuesto militar.

Decir que no hay plata en el mundo para un gigantesco plan Marshall que recorra toda la Tierra a favor de los pobres, para integrar a la vida humana los millones de pobres y agrandar la demanda de este mundo, decir que no hay recursos, es no tener vergüenza.

Cuando nos dicen que la segunda fortuna del mundo, gastando un millón de dólares por día, tendría que vivir 220 años para gastar lo que tiene, pero aún tampoco podría, porque con una tasa de interés del 2 ó el 3% anual tiene cuatro millones de dólares por día. Si decimos que en este mundo no hay plata, es porque tenemos la cobardía política de no cobrarles, pedirles y meterles la mano en los bolsillos a los que pueden y en último, suturar.

Por eso estamos en política y por eso luchamos en política porque al fin y al cabo, simplificando, es cortar el tocino un poco más grueso a favor de los más débiles, porque la política es elegir decisiones que favorecen a unos y pueden perjudicar a otros, entonces, estás con la mayoría o con la minoría, no hay término medio, no se puede ser neutral, hay que tomar partido, pero aparte de esto, hay otra cosa, más importante que la justicia, algunos de nosotros nos quisieron formar en un mundo que era un valle de lágrimas para ir a un paraíso, pero el paraíso es este, o la condena es esta, y es esta vida la que hay que pelear para que la gente viva mejor, no tiene término medio. Esto tiene sentido si hablamos de cosas centrales, elementales, olvidadas.

Yo no me chupo el dedo de un homenaje, de aquí voy a salir el mismo viejo que soy; lo que tiene sentido es pensar, porque hay mucha gente joven, la vida se te escapa, se te va minuto a minuto, y no puedes ir al supermercado y comprar vida, entonces lucha por vivirla, por darle contenido a la vida; la diferencia de la vida humana a las otras formas de vida, es que tú le puedes dar, hasta cierto punto, una orientación a tu vida, tú puedes, en términos relativos, ser autor del camino de tu propia vida, no eres como un vegetal que vive porque naciste, después de haber nacido, puedes dar un contenido o no, o puedes enajenar tu vida, que te la compre el mercado, y te pasas toda la vida pagando tarjetas y comprando cacharros, le das para adelante y al final estás viejo como yo, todo lleno de reumatismo, te pelaste y qué hiciste en este mundo.

Pero si tuviste un sueño, y peleaste por una esperanza e intentaste transmitirle a los que quedan, tal vez quede un pequeño aliento rodando, en las colinas, en los mares, un pálido recuerdo que vale más que un monumento, que un libro, un himno, una poesía; la esperanza humana que se va realizando en las nuevas generaciones.

Compañeros, nada vale más que la vida ¡luchen por la felicidad! y la felicidad es darle contenido a la vida, rumbo a la vida, no dejar que te la roben, y para eso no hay receta. Está en la conciencia, si usás la maravillosa oportunidad de haber nacido, casi milagrosa.

Por lo demás, un segundo consejo a los jóvenes: lo imposible cuesta un poco más, y derrotados son sólo aquellos que bajan los brazos y se entregan. La vida te puede dar mil tropezones en todos los órdenes; en el amor, en el trabajo, en la aventura de lo que estás pensando, en los sueños que pensás concretar, pero una y mil veces, estás hecho con fuerza para volverte a levantar, y volver a empezar, porque lo importante es el camino.

No hay una meta, no hay un arco del triunfo, un paraíso que nos recibe, no hay odaliscas que te van a recibir porque moriste en la guerra, no, la quedaste y punto. No, lo que hay es otra cosa, es la hermosura de vivir al tope, de querer la vida en cualquier circunstancia y luchar por ella, e intentar transmitirla porque la vida no sólo es recibir, es antes que nada dar algo de lo que tenemos. Por jodido que estés, siempre tenés algo para darle a los demás.

Entonces, compatriotas, yo era un pibe, en un país que lo llamaban la pequeña Suiza de América, iban a estudiar en la década del 40, de toda América Latina, habíamos sido hijos privilegiados, bastardos del imperio inglés, y nos fue bastante bien como la República Argentina que estaba orgullosa entre los poderosos del mundo, el Río de la Plata era una cosa distinta del resto de América Latina, parecíamos medio europeos y hasta por momentos nos pareció que éramos, pero eso fue un espejismo, pasó, el mundo se acomodó después de la Guerra, vinieron los términos de intercambio, le empezamos a deber al Fondo Monetario Internacional, y esa fue mi juventud.

De algo que era algo muy alto y hermoso se desmoronaba, y no hay cosa más retobada que aquel que estando bien, y se viene para abajo. El que está acostumbrado a estar mal se resigna, pero el que estuvo bien

se viene abajo... Por eso pertenezco a un movimiento que se golpeó la boca y salió a intentar cambiar el mundo... nos molieron a palos.

Acariciamos nuestros sueños, eran tiempos que pensábamos que la dictadura del proletariado era una explicación importante de la lucha de clases y naturalmente cada generación comete sus vicisitudes pero el viejo fuego que llevábamos adentro era tan grande, que nos permitió llegar hasta hoy, siendo conscientes de los errores que cometimos, pero siendo conscientes de la gigantesca generosidad con que abrazamos la vida y cuando vemos un mundo lleno de cacharros, de plata, de recursos; que Dios me libre, parece que se les parte el alma por prestarte un auto o por darle una mano a un pordiosero, recoger un perro, darle de comer, qué se yo, no he visto un mundo más machete que desde que nos toca vivir.

Añoro aquella juventud de corazón abierto, que equivocadamente lo entregaba y lo daba todo, y no se guardaba nada para sí mismo. Lo que quiero transmitir muchachos, es que no reniego del pasado, no reniego de los errores, la vida es un aprendizaje continuo, y está llena de caminos muertos, pisotones, pero las viejas causas que nos empujaron están presentes en el mundo en que nos toca vivir, nunca se ha visto tanta concentración de la riqueza, nunca se ha visto tanta desigualdad, en un mundo que tiene tantos recursos y tenemos tantas posibilidades, creo y tengo confianza que el hombre es capaz de construir sociedades infinitamente mejor, si tiene el coraje de mirar el rumbo de las sociedades más viejas, que están en el fondo de la historia de la humanidad.

No para volver al hombre de las cavernas, sino para aprender la generosidad que nos implica la defensa de la vida, para entender esto, para entender lo elemental, lo más simple; para ser feliz, necesitamos la vida de los otros, los individuos solos, somos nada, los individuos dependemos de la sociedad, la marcha de la sociedad y lo que no permite enriquecer y mejorar permanentemente en nuestra vida, por lo tanto, la causa colectiva hay que levantarla y en esta historia, en este momento esto tiene un nombre, en esta América Latina la lucha por acercarnos, la lucha por integrarnos, por integrar una cultura, que respete la diversidad, pero que exprese ese nosotros, profundo y oculto, que viene de la conformación de nuestra propia historia.

Podemos y debemos, pero será posible si hay voluntad política, si hay compromiso y a los jóvenes, si quieren vivir felices, levanten una

idea en la que creer ¡vivan para servir a esa idea! no se dejen esclavizar por el mercado. El mudo que tendremos será, el que seamos capaces de lograr, y los latinoamericanos tendremos que ser, por haber llegado tarde y de atrás, un reservorio de la civilización humana, un continente de paz, un continente de justicia, un continente de solidaridad, donde es hermoso nacer y morir, un continente que le dice sí a la justicia, un continente sin odio, sin venganza, que dignifique la existencia del hombre arriba de la Tierra, como animal que cuida lo portentoso de la creación que ha significado este barco de vida que es el planeta.

Denle contenido a la existencia, porque si no lo hacen conscientemente, el contenido va a ser la cuota que tienen que pagar a cada fin de mes por el nuevo cacharro que tienen que comprar y así sucesivamente hasta el fin de vuestros días. Hasta que un día, los huesos no se levanten y adiós, no queda de ti, ni el recuerdo ni el aliento.

Juventud hay una sola, la de afuera, pero hay otras cosas además de juventud, la irreverencia de mirarse en el espejo y comprometerse con la realidad, para eso se puede ser joven, viejo o mediano, no hay que dividir el mundo en hombre, mujer, negro, amarillo, no, hay que dividirlo en dos sectores, en los que se comprometen y los que no se comprometen. Y comprometerse es abrazarse a una causa.

Por eso, yo sé que me estoy acercando al tiempo, por una pa´ salir... que en cualquier momento te tocan el *fault* y el *outball*; marchaste. Así es. Todavía no he podido creer en el más allá ni en Dios. Respeto a todas las religiones. ¿Saben por qué? Porque he visto en una sala de hospital, el enorme servicio que le prestan al bien morir, y por eso si yo no puedo creer, no me río de las religiones, las respeto.

Me han hecho pensar por su vigencia, en todos los tiempos y en todas las edades, y en todos los rincones de la historia del hombre en el planeta, que siempre cree en algo, que no hay bicho más utópico que el hombre. Por eso mismo, porque es capaz de construir un más allá, quiero al hombre y lo admiro y respeto a las religiones, pero sé que unos de estos días, seré menos que polvo, tal vez, quede alguna paloma dando vueltas, en la cabeza de alguno.

¡Gracias Ecuador, un abrazo a todos!



Salvador Allende Gossens. Foto: Bernard Gotfryd, 1970-1973 (aprox.)

HAY JÓVENES VIEJOS Y VIEJOS JÓVENES

Salvador Allende

*Discurso de Salvador Allende, ex-Presidente de Chile (1970-1973),
en la Universidad de Guadalajara, México, en 1972:*

[...]

Qué difícil es para mí poder expresar lo que he vivido y sentido en estas breves y largas horas de convivencia con el pueblo mexicano, con su gobierno. Cómo poder traducir lo que nosotros, integrantes de la delegación de nuestra patria, hemos recibido en generosa entrega y como aporte solidario a nuestro pueblo en la dura lucha en que está empeñado.

Yo, más que otros, sé perfectamente bien que esta actitud del pueblo de México nace de su propia historia. Y aquí se ha recordado ya, cómo Chile estuvo presente junto a Juárez, el hombre de la independencia mexicana proyectada en ámbito continental; y cómo entendemos perfectamente bien que además de esta raíz común, que antes fuera frente a los conquistadores, México es el primer país de Latinoamérica que en 1938, a través de la acción de un hombre preclaro de esta tierra y de América Latina, nacionaliza el petróleo. A través de la acción del general presidente Lázaro Cárdenas.

Por eso ustedes, que supieron del ataque alevoso, tuvieron que sentir el llamado profundo de la patria en un superior sentido nacional; por eso ustedes, que sufrieron largamente el embate de los intereses heridos por la nacionalización; por eso ustedes, más que otros pueblos de este continente, comprenden la hora de Chile, que es la misma que ustedes tuvieron en 1938 y los años siguientes. Por eso es que la solidaridad de México nace en su propia experiencia y se proyecta con calidad fraternal frente a Chile, que está hoy realizando el mismo camino libertador que ustedes.

Desde que llegara cerca de esta Universidad, ya comprendí perfectamente bien el espíritu que hay en ella, en los letreros de saludo a mi presencia aquí; tan sólo como mensajero de mi pueblo, yo ya veía esta definición.

Esta no es una Universidad tradicional; esta no es -y es bastante para muchas universidades de nuestro Continente- una Universidad que haya hecho la reforma; yo creo que esta es una Universidad comprometida con el pueblo, con los cambios, con la lucha por la independencia económica y por la plena soberanía en nuestros pueblos.

Y porque una vez fui universitario, hace largos años, por cierto, no me pregunten cuántos; porque pasé por la Universidad no en búsqueda de un título solamente; porque fui dirigente estudiantil y porque fui expulsado de la Universidad, puedo hablarles a los universitarios a distancia de años; pero yo sé que ustedes saben que no hay querrela de generaciones: hay jóvenes viejos y viejos jóvenes, y en éstos me ubico yo.

Hay jóvenes viejos que no comprenden que ser universitario, por ejemplo, es un privilegio extraordinario en la inmensa mayoría de los países de nuestro Continente. Esos jóvenes viejos creen que la Universidad se ha levantado como una necesidad para preparar técnicos y que ellos deben estar satisfechos con adquirir un título profesional. Les da rango social y el arribismo social, caramba -qué dramáticamente peligroso-, les da un instrumento que les permite ganarse la vida en condiciones de ingresos superiores a la mayoría del resto de los conciudadanos.

Y estos jóvenes viejos, si son arquitectos, por ejemplo, no se preguntan cuántas viviendas faltan en nuestros países y, a veces, ni en su propio país. Hay estudiantes que con un criterio estrictamente liberal, hacen de su profesión el medio honesto para ganarse la vida, pero básicamente en función de sus propios intereses.

Allá hay muchos médicos -y yo soy médico- que no comprenden o no quieren comprender que la salud se compra, y que hay miles y miles de hombres y mujeres en América Latina que no pueden comprar la salud; que no quieren entender, por ejemplo, que a mayor pobreza mayor enfermedad, y a mayor enfermedad mayor pobreza y que, por lo tanto, si bien cumplen atendiendo al enfermo que demanda sus conocimientos sobre la base de los honorarios, no piensan en que hay miles de

gentes que no pueden ir a sus consultorios, y son pocos los que luchan porque se estructuren los organismos estatales para llevar la salud ampliamente al pueblo. De igual manera que hay maestros que no se inquietan en que haya también cientos y miles de niños y de jóvenes que no pueden ingresar a las escuelas. Y el panorama de América Latina es un panorama dramático en las cifras de su realidad dolorosa.

Llevamos, casi todos los pueblos nuestros, más de un siglo y medio de independencia política, ¿y cuáles son los datos que marcan nuestra dependencia y nuestra explotación? siendo países potencialmente ricos, la inmensa mayoría somos pueblos pobres.

En América Latina, continente de más de 220 millones de habitantes, hay cien millones de analfabetos y semianalfabetos. En este Continente hay más de 30 millones de cesantes absolutos, y la cifra se eleva por sobre 60 millones, tomando en consideración aquellos que tienen trabajos ocasionales.

En nuestro Continente, el 50 por ciento de la población según algunos, y según otros el 57 por ciento se alimenta en condiciones por debajo de lo normal. En América Latina faltan más de 28 millones de viviendas.

En estas circunstancias, cabe preguntar: ¿cuál es el destino de la Juventud? porque este continente es un continente joven. El 51 por ciento de la población de América Latina está por debajo de los 27 años y por eso puedo decir -y ojalá me equivoque que que ningún gobierno -e incluyo, por cierto el mío y todos los anteriores de mi patria- ha podido solucionar los grandes déficit las grandes masas de nuestro Continente en relación con la falta de trabajo, la alimentación, la vivienda, la salud. ¡Para qué hablar de la recreación y del descanso!

En este marco que encierra y aprisiona a nuestros pueblos hace un siglo y medio, es lógico que tengan que surgir el dolor y el sufrimiento de las masas, en anhelos de alcanzar niveles de vida y existencia y de cultura; que sea antihumano y antisocial, genéricamente hablando.

Si hoy tenemos las cifras que aquí he recordado, ¿qué va a ocurrir si las cosas no cambian cuando seamos 360 o 600 millones de habitantes? En un Continente en donde la explosión demográfica está destinada a compensar la alta mortalidad infantil, los pueblos así se defienden; pero

a pesar de ello aumenta vigorosamente la población de nuestros países, y el avance tecnológico en el campo de la medicina ha elevado -y también al mejorarse condiciones de vida- ha mejorado el promedio de nuestra existencia que, por cierto, es muy inferior al de los países del capitalismo industrial y a los países socialistas.

Pero si ningún gobierno de este continente -democráticos lo son pocos; pseudo democráticos hay más; dictatoriales también los hay-, ningún gobierno ha sido capaz de superar los grandes déficit, reconociendo, por cierto, que han hecho esfuerzos indiscutiblemente laudatorios por gobierno, y especialmente por los gobiernos democráticos, porque escuchan la voz, la protesta, el anhelo de los pueblos para avanzar en la tentativa frustrada, y hace posible que estos déficit no sigan pesando sobre nuestra existencia.

¿Y por qué sucede esto? porque somos países monoprodutores en la inmensa mayoría: somos los países del cacao, del banano, del café, del estaño, del petróleo o del cobre. Somos países productores de materias primas e importadores de artículos manufacturados; vendemos barato y compramos caro.

Nosotros, al comprar caro, estamos pagando el alto ingreso que tiene el técnico, el empleado y el obrero de los países industrializados. Además, en la inmensa mayoría de los casos, como las riquezas fundamentales están en manos del capital foráneo, se ignoran los mercados, no se interviene en los precios ni en los niveles de producción. La experiencia la hemos vivido nosotros en el cobre, y ustedes en el petróleo.

Somos países en donde el gran capital financiero busca, y encuentra -por la complacencia culpable muchas veces de gentes que no quieren entender su deber patriótico- la posibilidad de obtenerlo.

Porque ¿qué es el imperialismo, compañeros jóvenes?: Es la concentración del capital en los países industrializados que, alcanzando la fuerza del capital financiero, abandonan las inversiones en las metrópolis económicas, para hacerlo en nuestros países y, -por lo tanto, este capital que en su propia metrópoli tiene utilidades muy bajas, adquiere grandes utilidades en nuestras tierras. Porque, además, muchas veces las negociaciones son entre las compañías que aquí trabajan y las compañías que son dueñas de ésta y que están más allá de nuestras fronteras.

Entonces, somos países que no aprovechamos los excedentes de nuestra producción, y este continente ya conoce, no a través de los agitadores sociales con apellido político, como el que yo tengo de socialista, sino a través de las cifras de la CEPAL, organismo de las Naciones Unidas, que en la última década (no puedo exactamente decir si del 50 al 60 o del 56 al 66), América Latina exportó muchos más capitales que los que ingresaron a ella.

De esta manera se ha ido produciendo una realidad que es común en la inmensa mayoría de todos nuestros pueblos; somos países ricos potencialmente, y vivimos como pobres. Para poder seguir viviendo, pedimos prestado. Pero al mismo tiempo somos países exportadores de capitales. Paradoja típica del régimen en el sistema capitalista.

Para ello, entonces, es indispensable comprender que dentro de esta estructura, cuando internacionalmente los países poderosos viven y fortalecen su economía de nuestra pobreza, cuando los países financieramente fuertes necesitan de nuestras materias primas para ser fuertes; cuando la realidad de los mercados y los precios lleva a los pueblos de éste y otros continentes a endeudarse; cuando la deuda de los países del Tercer Mundo alcanza la fantástica cifra de 95 mil millones de dólares; cuando a mi país, país democrático, con muy sólidas instituciones, país que tiene un Congreso en funciones hace 160 años, país en donde las fuerzas armadas -igual que en México son fuerzas armadas profesionales, respetuosas de la ley y la voluntad popular; cuando mi país, que es el segundo productor de cobre del mundo y tiene las más grandes reservas de cobre el mundo y la más grande mina subterránea del mundo: Yukiltalman y El Teniente; cuando mi país se ha visto obligado a endeudarse con una deuda externa que *per cápita* sólo puede ser superado por la deuda que tiene Israel; que podemos estimar que está en guerra; cuando yo debía haber cancelado este año para amortizar y pagar los intereses de esa deuda 420 millones de dólares que significan más del 30 por ciento del presupuesto de ingresos, uno puede colegir que es imposible que pueda esto seguir y que esta realidad se mantenga.

Si a ello se agrega que los países poderosos fijan las normas de la comercialización, controlan los fletes, imponen los seguros, dan los créditos ligados que implica la obligación de invertir un alto porcentaje en esos países; si además sufrimos las consecuencias que emanan y que cuando los países poderosos o el país más poderoso del capitalismo esti-

ma necesario devaluar su moneda, las consecuencias las pagamos nosotros; y si tiembla el mercado del dinero en los países industrializados, las consecuencias son mucho más fuertes, mucho más duras y pesan más sobre nuestros pueblos. Si el precio de las materias primas baja, el precio de los artículos manufacturados, y aun los alimentos suben; cuando el precio de los alimentos sube, nos encontramos que hay barreras aduaneras que impiden que algunos países que pueden exportar productos agropecuarios lleguen a los mercados de consumo, los países industriales.

El caso de mi patria es elocuente: nosotros producimos entre la gran minería que estaba antes en manos del capital foráneo y la pequeña y mediana minería, cerca de 750 mil toneladas de cobre. Entre Zambia, Perú, Saire y Chile, signatarios de lo que se llama ZIPEC, entre estos cuatro países se produce el 70 por ciento del cobre que se comercia en el mundo: más de 3 millones de toneladas. Pero el precio del cobre se fija en la bolsa de Londres y se transan tan sólo 200 mil toneladas. Y Chile hace tres años, por ejemplo, tuvo un promedio de precio de la libra de cobre-año, superior a los 62 centavos, y cada centavo que se suba o baje del precio de la libra de cobre, significan 13 millones de dólares más, o menos, de ingreso para nuestro país.

El año 1971 el precio del cobre, del último año del gobierno del presidente Frei, fue de 59. En el primer año del gobierno popular fue tan solo de 49, ¡menos de 49! Este año, seguramente no va a alcanzar más allá de 47.4: pero en valores reales, después de la devaluación del dólar, este promedio, será, a lo sumo, 45. Y el costo de producción nuestro a pesar de que son minas con un alto porcentaje de riqueza minera y están cerca del mar, bordea los 45 centavos en algunas de ellas; y es, por cierto, más alto por una técnica inferior en la producción de la pequeña y mediana minería.

He puesto este ejemplo porque es muy claro. Nosotros que tenemos un presupuesto de divisas superior a muchos países latinoamericanos, que tenemos una extensión de tierra que podía alimentar, a 20 o 25 millones de habitantes, hemos tenido que importar, desde siempre -por así decirlo-, carne, trigo, grasa, mantequilla y aceite: 200 millones de dólares al año.

Y desde que estamos en el gobierno popular, tenemos que importar más alimentos; porque tenemos conciencia que aun importando como lo hicieron los gobiernos anteriores, 200 millones de dólares al año, en Chile, el 43 por ciento de la población se alimentaba por debajo de lo normal.

[...]

Por eso, ser joven en esta época implica una gran responsabilidad, ser joven de México o de Chile; ser joven de América Latina, sobre todo en este Continente que, como he dicho, está marcado por un promedio que señala que somos un continente joven. Y la juventud tiene que asumir su responsabilidad histórica; tiene que entender que no hay lucha de generaciones, como lo dijera hace un instante; que hay un enfrentamiento social, que es muy distinto, y que pueden estar en la misma barricada de ese enfrentamiento los que hemos pasado -y yo pasé muy poquito- de los 60 años (guárdenme el secreto de los sesenta años), y los jóvenes que puedan tener 13 o 20.

No hay querrela de generaciones, y eso es importante que yo lo diga. La juventud debe entender su obligación de ser joven; y si es estudiante, darse cuenta que hay otros jóvenes que, como él, tienen los mismos años, pero que no son estudiantes. Y si es universitario, con mayor razón mirar al joven campesino o al joven obrero, y tener un lenguaje de juventud, no un lenguaje sólo de estudiantes universitarios, para universitarios.

Pero el que es estudiante tiene una obligación porque tiene más posibilidades de comprender los fenómenos económicos y sociales y las realidades del mundo; tiene la obligación de ser un factor dinámico del proceso de cambio, pero sin perder los perfiles, también, de la realidad.

La revolución no pasa por la Universidad y esto hay que entenderlo; la revolución pasa por las grandes masas; la revolución la hacen los pueblos; la revolución la hacen, esencialmente, los trabajadores. Y yo comparto el pensamiento que aquí se ha expresado -y el Presidente Echeverría lo ha señalado muchas veces-, que yo también lo he dicho en mi patria. Allá luchamos por los cambios dentro de los marcos de la democracia burguesa, con dificultades mucho mayores, en un país donde los poderes de estado son independientes, y en el caso nuestro, la justicia, el Parlamento y el Ejecutivo. Los trabajadores que me eligieron están en el gobierno; nosotros controlamos una parte del Poder Ejecutivo, somos una minoría en el Congreso.

El poder judicial es autónomo, y el código civil de mi patria tiene 100 años. Y si yo no critico en mi patria al poder judicial, menos lo voy a hacer aquí. Pero indiscutiblemente, hay que pensar que esas leyes repre-

sentaban otra época y otra realidad, no fueron leyes hechas por los trabajadores que estamos en el gobierno: fueron hechas por los sectores de la burguesía que tenían el Ejecutivo, el poder económico, y que eran mayoría en el Congreso Nacional.

Sin embargo, la realidad de Chile, su historia y su idiosincrasia; sus características, la fortaleza de su institucionalidad, nos llevó a los dirigentes políticos a entender que en Chile no teníamos otro camino que el camino de la lucha electoral -y ganamos por ese camino-, que muchos no compartían, fundamentalmente como consecuencia del pensamiento generado en este Continente, después de la revolución cubana, y con la asimilación, un poco equivocada, de la divulgación de tácticas, en función de la interpretación que hacen los que escriben sobre ellas. Nos hemos encontrado en muchas partes, y ahora se ha dejado un poco, la idea del foquismo, de la lucha guerrillera o del ejército popular.

Yo tengo una experiencia que vale mucho. Yo soy amigo de Cuba; soy amigo, hace 10 años, de Fidel Castro; fui amigo del comandante Ernesto “Ché” Guevara. Me regaló el segundo tomo de su libro Guerra de Guerrillas; el primero se lo dio a Fidel.

Yo estaba en Cuba cuando salió, y en la dedicatoria que me puso dice lo siguiente: “A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo”. Si el comandante Guevara firmaba una dedicatoria de esta manera, es porque era un hombre de espíritu amplio que comprendía que cada pueblo tiene su propia realidad; que no hay receta para hacer revoluciones.

Y por lo demás, los teóricos del marxismo -y yo declaro que soy un aprendiz tan sólo, pero no niego que soy marxista- también trazan con claridad los caminos que pueden recorrer frente a lo que es cada sociedad, cada país.

De allí, entonces, que es útil que la juventud, y sobre todo la juventud universitaria, que no puede pasar por la Universidad al margen de los problemas de su pueblo, entienda que no puede hacerse del balbuceo doctrinario la enseñanza doctrinaria; de entender que el denso pensamiento de los teóricos de las corrientes sociológicas o económicas requiere un serio estudio; que sí es cierto que no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria, no puede haber la aplicación voluntaria o la interpreta-

ción de la teoría adecuándola a lo que la juventud o el joven requiere. Que tiene que mirar lo que pasa dentro de su país y más allá de la frontera, y comprender que hay realidades que deben ser meditadas y analizadas.

Cuando algunos grupos en mi patria, un poco más allá de la Unidad Popular, en donde hay compañeros jóvenes en cuya lealtad revolucionaria yo creo, pero en cuya concepción de la realidad no creo, hablan, por ejemplo de que en mi país debería hacerse lo mismo que se ha hecho en otros países que han alcanzado al socialismo, yo les he hecho esta pregunta en voz alta: ¿Por qué, por ejemplo, un país como es la República Popular China, poderoso país, extraordinariamente poderoso país, ha tenido que tolerar la realidad de que Taiwan, o sea Formosa esté en manos de Chiang Kai-Shek? ¿Es que acaso la República Popular China no tiene los elementos bélicos, por así decirlo, lo suficientemente poderosos para haber, en dos minutos, recuperado Taiwan, llamado Formosa? ¿Por qué no lo ha hecho? Porque, indiscutiblemente, hay problemas superiores de la responsabilidad política; porque el proceder así colocaba a la República Popular China en el camino de una agresión que podría haber significado un daño para el proceso revolucionario, y quizá una conflagración mundial.

¿Quién puede dudar de la voluntad de acción, de la decisión, de la conciencia revolucionaria de Fidel Castro? ¿Y por qué la Bahía de Guanátamo no la ha tomado?

“Ser joven y no ser revolucionario, es una contradicción hasta biológica”

Porque no puede ni debe hacerlo, ni debe hacerlo, porque expondría a su revolución y a su patria a una represalia brutal. Entonces, uno se encuentra a veces con jóvenes, y los que han leído el Manifiesto Comunista, o lo han llevado largo rato debajo del brazo, creen que lo han asimilado y dictan cátedra y exigen actitudes y critican a hombres que, por lo menos, tienen consecuencia en su vida. **Y ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica;** pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario, en una sociedad burguesa, es difícil.

Un ejemplo personal: Yo era un orador universitario de un grupo que se llamaba Avance; era el grupo más vigoroso de la izquierda. Un día se propuso se firmara, por el grupo Avance, un manifiesto -estoy hablando del año 1931- para crear en Chile los soviets obreros, campesinos,

soldados y estudiantes. Y yo dije que era una locura, que no había ninguna posibilidad, que era una torpeza infinita y que no quería, como estudiante, firmar algo que mañana, como un profesional, no iba a aceptar.

Éramos 400 los muchachos de la Universidad que estábamos en el grupo Avance, 395 votaron mi expulsión; de los 400 que éramos, solo dos quedamos en la lucha social. Los demás tienen depósitos bancarios, algunos en el extranjero; tuvieron latifundios -se los expropiamos-; y tenían acciones en los bancos -también se los nacionalizamos-; y a los de los monopolios les pasó lo mismo.

Pero en el hecho, dos hemos quedado; y a mí me echaron por reaccionario; pero los trabajadores de mi patria me llaman “el compañero presidente”. Por eso, el dogmatismo, el sectarismo, debe ser combatido; la lucha ideológica debe llevarse a niveles superiores, y eso sí que es importante. El diálogo, la discusión, pero la discusión para esclarecer, no para imponer determinadas posiciones.

Y, además, el estudiante universitario que tiene una postura doctrinaria y política, fundamentalmente, tiene que no olvidarse de que precisamente la Revolución necesita los técnicos y los profesionales.

Ya Lenin lo dijo -yo he aumentado la cifra para impactar más en mi patria-, Lenin dijo que un profesional, un técnico, valía por 10 comunistas; yo digo que por 50 y por 80 socialistas. Yo soy socialista. Les duele mucho a los compañeros míos que yo diga eso; pero lo digo, ¿por qué? porque he vivido una politización en la Universidad, llevada a extremos tales que el estudiante olvida su responsabilidad fundamental; pero una sociedad donde la técnica y la ciencia adquieren los niveles que ha adquirido la sociedad contemporánea, ¿cómo requerir precisamente capacidad y capacitación a los revolucionarios? Por lo tanto, el dirigente político universitario tendrá más autoridad moral, si acaso es también estudiante universitario.

Yo no le he aceptado jamás a un compañero joven que justifique su fracaso porque tiene que hacer trabajos políticos; tiene que darse el tiempo necesario para hacer los trabajos políticos, pero primero están los trabajos obligatorios que debe cumplir como estudiante de la Universidad. Ser agitador universitario y mal estudiante, es fácil; ser dirigente revolucionario y buen estudiante, es más difícil. Pero el maestro univer-

sitario respeta al buen alumno, y tendrá que respetar sus ideas, cualesquiera que sean.

Por eso es que la juventud contemporánea, y sobre todo la juventud de Latinoamérica, tiene una obligación contraída con la historia, con su pueblo, con el pasado de su patria. La juventud no puede ser sectaria; la juventud tiene que entender, y nosotros en Chile hemos dado un paso trascendente: la base política de mi gobierno está formada por marxistas, por laicos y cristianos, y respetamos el pensamiento cristiano; interpreta el verbo de Cristo, que echó a los mercaderes del templo.

Claro que tenemos la experiencia de la Iglesia vinculada al proceso de los países poderosos del capitalismo e, incluyendo, en los siglos pasados y en la primera etapa de éste, no a favor de los humildes como los plantea el maestro de Galilea; pero si, los tiempos han cambiado y la conciencia cristiana está marcando la consecuencia por el pensamiento honesto; en la acción honesta, los marxistas podemos coincidir en etapas programáticas como pueden hacerlo los laicos y lo hemos hecho en nuestra patria -y nos está yendo bien-, y conjugando una misma actitud y un mismo lenguaje frente a los problemas esenciales del pueblo.

Porque un obrero sin trabajo, no importa que sea o no sea marxista, no importa que sea o que no sea cristiano, que no tenga ideología política; es un hombre que tiene derecho al trabajo -y debemos dárselo nosotros-. Por eso el sectarismo, el dogmatismo, el burocratismo que congela las revoluciones, y ese es un proceso de concientización, que es muy profunda y que debe comenzar con la juventud; pero la juventud está frente a problemas que no son solo económicos, sino son problemas que lamentablemente se manifiestan con mayor violencia destructiva en el mundo contemporáneo.

El escapismo, la drogadicción, el alcoholismo -¿cuántos son los jóvenes, de nuestros jóvenes países, que han caído en la mariguana que es más barata que la cocaína y más fácil de acceso?- ¿pero cuántos son los jóvenes de los países industrializados? El porcentaje, no sólo por la densidad de la población, sino por los medios económicos es mucho mayor.

¿Qué es esto, qué significa, por qué la juventud llega a eso? ¿Hay frustración? ¿Cómo es posible que el joven no vea que su existencia tiene que tener un destino muy distinto al que escabulle su responsabilidad?

¿Cómo un joven no va a mirar, en el caso de México, a Hidalgo o a Juárez, a Zapata, o a Villa, o a Lázaro Cárdenas? ¿Cómo no entender que esos hombres fueron jóvenes también, pero que hicieron de sus vidas un combate constante y una lucha permanente? ¿Cómo la juventud no sabe que su propio porvenir está cercado por la realidad económica que marca los países dependientes? Porque si hay algo que debe preocuparnos, también a los gobernantes, es no seguir entregando cesantes ilustrados a nuestra sociedad.

¿Cuántos son los miles de jóvenes que egresan de los politécnicos o de las universidades que no encuentran trabajo? Yo leí hace poco un estudio de un organismo internacional importante, que señalaba que para América Latina, en el final de esta década, se necesitaban -me parece- cerca de seis millones de nuevas ocupaciones, en un continente en donde la cesantía marca los niveles que yo les he dicho. Los jóvenes tienen que entender, entonces, que están enfrentados a estos hechos y que deben contribuir a que se modifiquen las condiciones materiales, para que no haya cesantes ilustrados, profesionales con títulos de arquitectos sin construir casas, médicos sin atender enfermos, porque no tienen los enfermos con qué pagarle, cuando que lo único que faltan son médicos para defender el capital humano, que es lo que más vale en nuestros países.

Por eso, repito -y para terminar mis palabras- pidiendo excusas a ustedes por lo excesivo de ellas- que yo soy un hombre que pasó por la Universidad; he aprendido mucho más de la Universidad de la vida: he aprendido de la madre proletaria en las barriadas marginales; he aprendido del campesino, que sin hablarme, me dijo la explotación más que centenaria de su padre, de su abuelo o de su tatarabuelo; he aprendido del obrero, que en la industria es un número o era un número y que nada significaba como ser humano, y he aprendido de las densas multitudes que han tenido paciencia para esperar.

Pero la injusticia no puede seguir marcando, cerrando las posibilidades del futuro a los pueblos pequeños de éste y de otros continentes. Para nosotros, las fronteras deben estar abolidas y la solidaridad debe expresarse con respecto a la autodeterminación y la no intervención, entendiendo que puede haber concepciones filosóficas y formas de gobierno distintas, pero que hay un mandato que nace de nuestra propia realidad que nos obliga -en el caso de este Continente- a unirnos; pero mirar más allá, inclusive, de América Latina y comprender que en África hay todavía

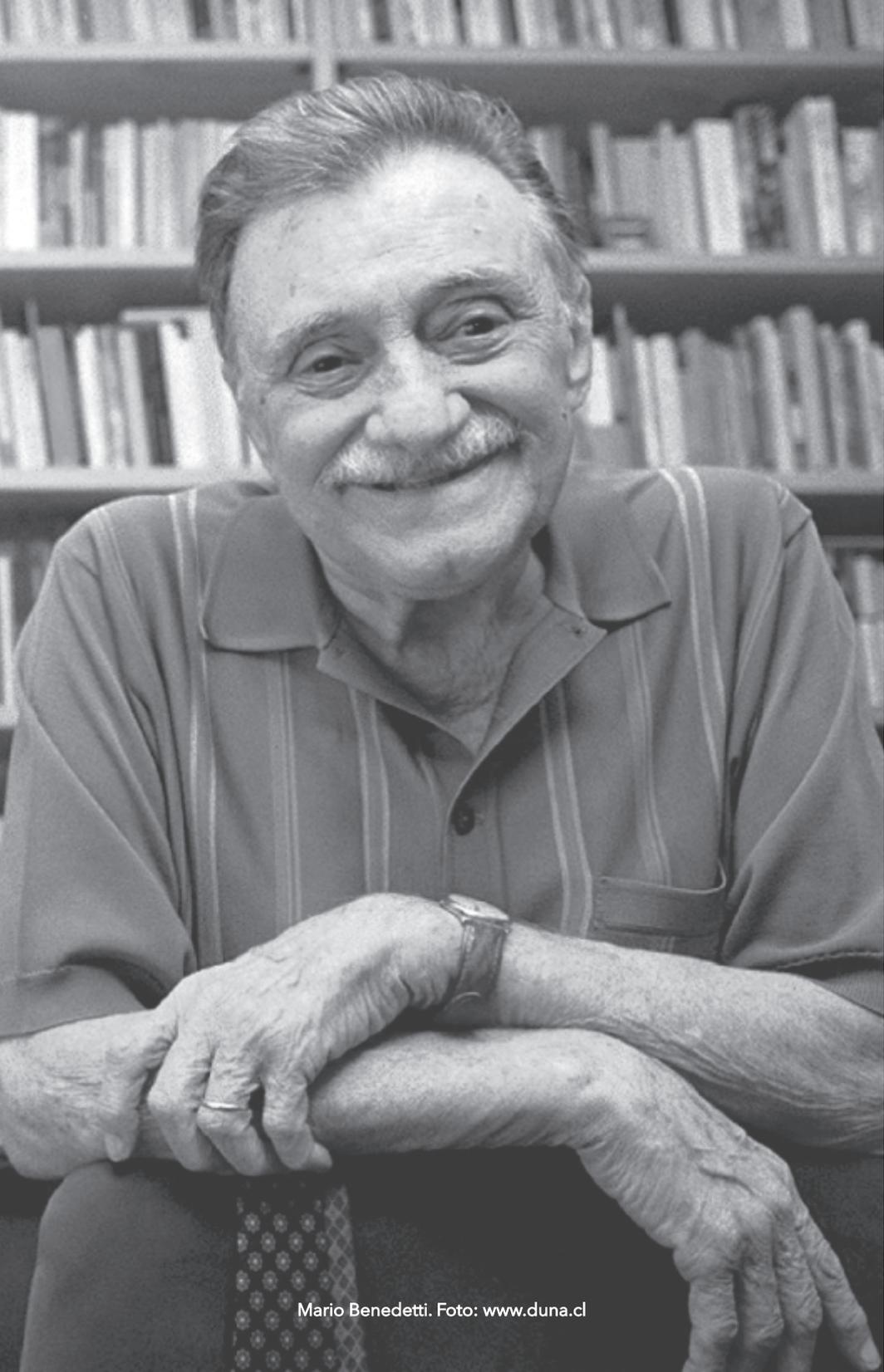
millones y millones de seres humanos que tienen una vida inferior a la que tienen los más postergados y preteridos seres de nuestro Continente.

Hay que entender que la lucha es solidaria en escala mundial; que frente a la insolencia imperialista sólo cabe la respuesta agresiva de los países explotados. Ha llegado el instante de darse cuenta cabalmente que los que caen luchando en otras partes por hacer de sus patrias países independientes, como ocurre en Vietnam: caen por nosotros con su gesto heroico.

Por eso, sin decir que la juventud será la causa revolucionaria y el factor esencial de las revoluciones, yo pienso que la juventud por ser joven, por tener una concepción más diáfana; por no haberse incorporado a los vicios que traen los años de convivencia en nuestros días -burguesa- porque la juventud debe entender que debe ser estudiante y trabajadora; porque el joven debe ir a la empresa, a la industria o a la tierra. Porque ustedes deben hacer trabajos voluntarios; porque es bueno que sepa el estudiante de medicina cuánto pesa un fardo que se echa a la espalda el campesino que tiene que llevarlo, a veces, a largas distancias; porque es bueno que el que va a ser ingeniero se meta en el calor de la máquina, donde el obrero a veces, en una atmósfera inhóspita, pasa largos y largos años de su oscura existencia; porque la juventud debe estudiar y debe trabajar, porque el trabajo voluntario vincula, amarra, acerca, hace que se compenetre el que va a ser profesional con aquel que tuvo por herencia las manos callosas de los que, por generaciones, trabajaron la tierra.

Gracias, presidente y amigo por haberme dado la oportunidad de fortalecer mis propias convicciones, y la fe en la juventud frente a la actitud de ustedes. Gracias por comprender el drama de mi patria que es como dijera Pablo Neruda, un Vietnam silencioso: no hay tropas de ocupación ni poderosos aviones nublan los cielos limpios de mi tierra; pero estamos bloqueados económicamente, pero no tenemos créditos, pero no podemos comprar repuestos, pero no tenemos cómo comprar alimentos y nos faltan medicamentos, y para derrotar a los que así proceden, sólo cabe que los pueblos entiendan quiénes son sus amigos y quiénes son sus enemigos.

Yo sé, por lo que he vivido, que México ha sido y será -gracias por ello- amigo de mi patria.



Mario Benedetti. Foto: www.duna.cl

¿QUÉ LES QUEDA A LOS JÓVENES?

Mario Benedetti

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?

¿Sólo grafitti? ¿Rock? ¿Escepticismo?

También les queda no decir amén,
no dejar que les maten el amor,

recuperar el habla y la utopía,

ser jóvenes sin prisa y con memoria,

situarse en una historia que es la suya,

no convertirse en viejos prematuros.

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de rutina y ruina?

¿Cocaína? ¿Cerveza? ¿Barras bravas?

Les queda respirar / abrir los ojos,

descubrir las raíces del horror,

inventar paz así sea a ponchazos,

entenderse con la naturaleza

y con la lluvia y los relámpagos,

y con el sentimiento y con la muerte,

esa loca de atar y desatar.

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de consumo y humo?

¿Vértigo? ¿Asaltos? ¿Discotecas?

También les queda discutir con Dios,

tanto si existe como si no existe,

tender manos que ayudan / abrir puertas

entre el corazón propio y el ajeno /

sobre todo les queda hacer futuro

a pesar de los ruines del pasado

y los sabios granujas del presente.

Antología de la juventud

se compuso con la familia tipográfica Palatino Linotype,
en 8, 10, 16 y 30 puntos, y Avenir en 8 puntos; y se terminó de imprimir en septiembre de 2024,
en el taller gráfico del STUNAM, ubicado en Centeno 145, colonia Granjas Esmeralda,
alcaldía Iztapalapa, C.P. 09810, Ciudad de México.

Coordinación de la impresión: Alejandra Cureño García

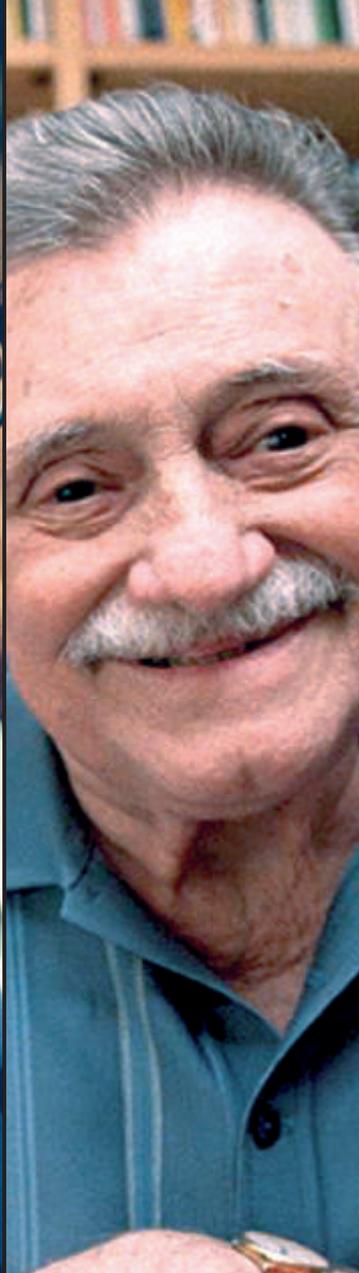
El tiraje consta de 2,000 ejemplares.



José Mujica



Salvador Allende Gossens



Mario Benedetti



STUNAM
Sindicato de Institución